



Vista del edificio de la Cartuja de Santa María de Aniago donde residían los monjes. Al fondo de la imagen, la espadaña de la iglesia gótica del complejo. / FOTOS: ÁNGEL DEL POZO

La búsqueda de indicios para averiguar el paradero de la reliquia del Manto de Cristo nos traslada de nuevo a la localidad vallisoletana de Villanueva de Duero

La misteriosa Cartuja de Aniago

ÁNGEL DEL POZO VALLADOLID

De nuevo pusimos rumbo a la localidad vallisoletana de Villanueva de Duero, conocida como el municipio de las tres mentiras, pues ni es villa, ni es nueva, ni por allí pasa el Duero. Tenía una cita con el Juez de Paz, que había vivido en Aniago, lugar donde se encuentra la enigmática Cartuja de Santa María. Me encontré con una persona simpática y extrovertida. Los ojos de Nemesio Barrocal brillaban con intensidad cuando recordaba sus vivencias entre las edificaciones ruinosas del monasterio.

Los apuntes de Nemesio, además de sorprendentes, resultaron de gran utilidad para mi investigación: «En una habitación había varias figuras, cuadros e incluso un piano de cola. He oído que algunos vecinos de los pueblos colindantes se llevaron algunas cosas y el resto, me imagino, que fue trasladado a otro lugar por los dueños». Además Nemesio realizó esta sorprendente afirmación: «Hay una zona en la que existen numerosas tumbas. Y en otra, hay un extraño hueco que podría haber sido utilizado para llevar a cabo la tortura del agua. También he encontrado la boca del túnel que conduce hacia otras localidades del entorno; siempre había escuchado la leyenda contada por los mayores de que existían misteriosos subterráneos». Y para sorpresa, la siguiente: «Existe una lápida, cuyo epitafio parece indicar que allí yace el Caballero de Olmedo». Un descubrimiento importante, pues aunque actualmente existen varias hipótesis de su emplazamiento, aún está sin descubrir. Ante esta tesitura le propuse a Nemesio una visita al lugar...

La búsqueda en archivos

Paralelamente, la investigación sobre el paradero de la reliquia del Manto de Cristo continuaba, pero ya se limitaba a la búsqueda en legajos o libros. Conseguí el testamento otorgado en 1436 de Juan Vázquez de Cepeda, obispo de Segovia y fundador del monasterio. Era una publicación de la revista 'Hispania Sacra', escrita por Javier

Pérez-Embid Wamba. La copia me la transfirieron desde la Biblioteca de León. En el testamento dispone todas las premisas para la fundación del complejo: hospital, tanto para nobles como para pobres (aunque acogidos por separado), y monasterio de canónigos regulares encargados de restaurar el rito y el oficio hispano o visigótico, llamado mozárabe. El obispo segoviano—miembro de una noble familia de Tordesillas—peregrinó a Aviñón y Roma con motivo del jubileo de 1400, y de este viaje trajo muchas reliquias que llevó a Aniago.

En su testamento encontré la primera referencia a la reliquia: «Pusimos i muchas reliquias en la dicha iglesia que nos truximos de Roma, es a saber, dos cuerpos de dos mártires que están en un arca de plata, San Marcelo e San Versuperinus, que estaban en la vida de San Bartolomé con su cuerpo, é la cabeça de Santo Çiro, obispo e discípulo de Jehsu Christo, e gran parte de la cabeça de San Heremeto... e parte de la vestidura de Jehsu Christo, que quier que le roçaba rescibía santidad de cual-

quier enfermedad, la qual el emperador de Constantinopla enbio al rey Don Enrique nuestro señor, segund paresçe por su bula sellada con el sello de oro pendiente del qual la nos ovimos...».

Esta referencia aclara muchas cosas: La Cartuja de Aniago albergó la reliquia del Manto de Cristo. Conocemos su origen con firma de autenticidad incluida y quien la depositó en el monasterio. Pero, ¿El paso de los siglos habrá respetado su integridad? ¿Dónde estará ahora? ¿Habrá constancia histórica de los hipotéticos milagros que se le atribuyen?... Antes de develarle las respuestas permítanme relatarles los pormenores de mi visita a la Cartuja de Aniago.

Nemesio llegó puntual a la cita, sin embargo, yo ya llevaba allí

«Un testamento sitúa la túnica del Nazareno en la Cartuja de Aniago»



Dieciséis arcos apuntados decoran el claustro del monasterio.



Tumba del año 1729.

El Caballero de Olmedo

Á. DEL POZO VALLADOLID

En el patio central del complejo, delimitado por el claustro mayor de la Cartuja de Santa María, se encuentra un palomar de adobe en estado semirruinoso. Este es, según el Juez de Paz, Nemesio Barrocal, el lugar donde existen

numerosas tumbas, porque otra sirvió como cementerio. Lamentablemente no se puede constatar porque está cubierto por una espesa vegetación que hace peligroso el tránsito, como pude comprobar cuando lo atravesamos para dirigirnos al otro lado del patio. En ese punto, afir-

algún tiempo—he de reconocer que la emoción me inundaba—. La Cartuja albergaba muchos secretos, enigmas y leyendas que podían ser desvelados en los próximos minutos. Entramos en el recinto para encontrarnos cara a cara con una de las edificaciones mejor conservadas. Se trataba de un imponente edificio rectangular de doble planta, de unos noventa metros de largo por veinte de ancho.

La planta inferior está todavía bien conservada. Pude observar dos habitaciones que habían servido como cocina, los techos negruzcos y la disposición de una gran tinaja y del horno daban fe de ello. Adosados a estos, encontramos las celdas individuales de los frailes cartujanos. Cada celda mide unos tres metros de ancho por seis de largo. En el exterior se pueden observar varios pozos que indudablemente abastecían a los cartujanos. No pude acceder a la planta superior, grandes vigas caídas y varias piedras desprendidas no lo aconsejaban.

Continuamos el paseo y encontramos un extraño hueco que

Nemesio aseguraba que podía haber sido utilizado para la tortura del agua. No pude discernir con claridad su uso, aunque creo que pudo contener alguna imagen para la veneración. Un poco más allá, hallamos el imponente claustro gótico. Es de forma cuadrangular, de unos 45 metros de largo; el lado sur es el mejor conservado y consta de dieciséis arcos apuntados.

Una visita inolvidable

La iglesia gótica, donde destaca la espigada espadaña que domina todo el entorno, fue nuestro siguiente destino. El coqueto templo es de planta rectangular, de 22 metros de largo por seis de ancho. La maleza es la dueña del suelo—donde se puede observar una lápida de 1729—y tiene por techumbre el mismo cielo. Pero aún se conservan en las paredes algunas bellas figuras de ángeles en escayola y llama la atención un motivo decorativo donde la virgen lucha con un dragón.

En definitiva, una visita inolvidable al único monasterio cartujano de la provincia vallisoletana, que se encuentra en un estado lamentable y cuya restauración debe ser acogida de inmediato. Su historia y patrimonio así lo indican.

De momento—y gracias al enigma del Manto de Cristo—había descubierto uno de los monasterios más desconocidos de Castilla y León, sin embargo, poco sabía de la orden cartujana, de la historia del monasterio y su vinculación con la Inquisición. Así que, de nuevo, efectué un rastreo en bibliotecas y encontré la obra 'La Cartuja de Santa María de Aniago (1441-1835). La orden de San Bruno en Valladolid', escrita por Santiago Cantera Montenegro. Se trata de una tesis doctoral publicada en Alemania, de la que por suerte existe un ejemplar en el Museo Provincial de Valladolid. Un estudio con el que despejé muchas dudas... castillaoculta@hotmail.com

Este es el segundo reportaje de los tres que se publicarán consecutivamente sobre este tema en la sección 'Castilla Misteriosa'.